

## A algún lugar

Aquel día el sol despertó perezoso. Los primeros chalecos comenzaban a salir a la calle recordando que el verano estaba quedando atrás. Como cada mañana, esperaba la llegada del tranvía para ir a trabajar y, como cada mañana, aquella anciana esperaba a mi lado con la misma cara de entusiasmo que un crío ante un juguete nuevo.

Pronto llegó el metro centro y todos los que aguardábamos en la parada nos dispersamos por el interior de sus vagones. Aquella mujer fue la primera en entrar y la primera en tomar asiento, el mismo en el que se había sentado desde que me fijé en ella hacía ya más de un año.

Su piel era fina y surcada por cientos de esos pliegues que regala la edad. Su pelo era blanco, acaracolado y salpicado de tonalidades grises y sus ojos, pequeños y de un intenso color turquesa.

Me gustaba observarla, irradiaba felicidad y eso me hacía sentir bien. Cada día hacía lo mismo. Tomaba asiento, colocaba las manos sobre sus piernas y simplemente, sonreía. Sonreía sin más. Su mirada curiosa no paraba de moverse, pero no observaba nada en concreto, parecía estar en otro mundo, en otro lugar. Después, cuando llegábamos a la plaza nueva y todos bajábamos, ella permanecía allí sentada y volvía a marcharse junto con el tranvía cuando este reanudaba su marcha.

Aquella mañana hice lo que había pensado hacer muchos días y nunca había hecho. Me acerqué y la saludé. Le conté la curiosidad que despertaba en mí y le pregunté por el motivo de su paseo diario. Me sonrió con la dulzura que solo las personas mayores tienen y me respondió. Su voz sonó juguetona, infantil.

- Hace muchos años conocí a Oscar, mi marido. ¿Sabes? Lo conocí montada en el tranvía, pero no en este, sino en el antiguo, aquel que estaba hecho de madera y hierro y soltaba chispas en cada bache. Creo que tú no los conociste, hace ya mucho de eso.

Yo siempre cogía el primer tranvía de la mañana para ir a trabajar y Oscar era su conductor. Siempre me decía cosas bonitas y cada vez que el sueldo se lo permitía, me hacía un regalo, una rosa o un bombón, ¡era un pillín!

Dos años después de la primera vez que nos vimos, nos casamos. No teníamos mucho dinero pero éramos muy felices. Oscar era el hombre más maravilloso del mundo.

Siempre nos gustó viajar, conocer otras ciudades, otros países, pero nunca pudimos permitirnoslo. Así que Oscar me decía que me montara en el tranvía e imaginara que íbamos de viaje, que cada día él me llevaría a un sitio distinto del mundo.

Como pasa con muchos hombres buenos, él se marchó pronto, demasiado pronto. Después, quitaron el tranvía y me sentí sola. Lo eché de menos durante mucho tiempo, pero ya no. Desde que pusieron este nuevo, sé que él está conmigo y por eso, cada día subo aquí y dejó que él me lleve a visitar algún lugar.